

El jardín, el territorio

En base a ideas hoy sin discusión posible en la tan consensuada vida social contemporánea, como “comfort”, “calidad de vida”, estándares de “bienestar”, etc... hemos aceptado recluirmos en espacios cada vez más reducidos, parcelando y registrando, reduciendo y desnaturalizando nuestros lugares y, en ese proceso, se han ido borrando las referencias emocionales antaño fijadas sobre el territorio.

Tendemos ahora a concebir un jardín como poco más que un terreno acotado de naturaleza domesticada, adjunto a una “propiedad”, individual o colectiva, y entendido como un espacio *extra*, un valor añadido, con funciones testimonialmente ambientales o como elemento meramente decorativo y a menudo indicador de cierto estatus social.

Pero para los que amamos lo *abierto*, para los que nos reconocemos en la intemperie, esa reducción progresiva, esa reclusión, nos llena de ansiedad y nos limita la vida.

Somos un ser medial, decía Augustin Berque, “*no sólo somos ese cuerpo animal frente a un mundo objeto; la mitad de nuestro ser es nuestro cuerpo medial, es decir, justamente ese mundo, que no es un simple entorno físico sino un medio humano*” (1).

Y en ese medio humano –en ese territorio– me han sucedido las cosas más importantes y siempre en contacto con otros. Por eso algunos seguimos entendiendo que



nuestro jardín –todos aquellos parajes en que nuestros sentimientos y nuestros pensamientos subjetivándose hicieron *lugar*– nunca podría ser otra cosa que nuestro territorio. Y eso que hablo de un territorio sometido durante décadas a una presión industrial, urbanística y turística insostenibles, en el que se han producido algunos de los mayores y más conocidos desastres medioambientales, además de la desnaturalización de lugares y poblaciones, de un empobrecimiento a menudo irreversible del paisaje y de una sustitución de modos y valores de una población hipnotizada por una idea de progreso entendido como crecimiento sin control y sin medida.

Las obras que aquí se presentan nos hablan de esa proyección emocional sobre el territorio y pertenecen a un proyecto que vengo desarrollando a lo largo de los últimos años, en el que intento abordar mediante distintas disciplinas, el sentido de nuestra relación con lo que nos rodea –entorno, territorio o naturaleza– y la forma en que lo hacemos. Pretende ser, además, un pequeño y personal acto poético restaurador para un territorio seco, austero y despojado, que hoy habito y reconozco como propio.

L.G-A. 2020

1) Augustin Berque: *El pensamiento paisajero*. Editorial Biblioteca Nueva, 2009. Trad. Javier Maderuelo.

